

INTRODUCCIÓN

En Madrid hay un montón de esculturas urbanas que están presentes en edificios, parques, fuentes y monumentos. Conocer el significado de estas figuras y desvelar sus secretos es el objetivo de este libro. Detrás de cada estatua hay una historia o una anécdota, en ocasiones un misterio o una información oculta. El libro va a ser de gran ayuda para quien quiera iniciarse en el fascinante mundo de la mitología. Además, lo que el lector vaya aprendiendo sobre las estatuas de Madrid le servirá cuando viaje por otras ciudades y otros países.

En la capital del reino tenemos, además, toda una serie de esculturas alegóricas, que no siempre tienen que ver con la mitología pero que igualmente presentan un carácter simbólico y que nos plantean toda una serie de enigmas. Por ello, hemos decidido incluir las alegorías para que el lector pueda descifrar todo tipo de imágenes en los monumentos y en los edificios de nuestra ciudad.

Detrás de cada estatua hay un artista, por ello procuramos dar a conocer a los creadores de las obras de arte y también analizamos, de un modo ameno y comprensible, la iconografía y la iconología de estas obras. Tanto la mitología como las alegorías han servido a reyes, gobernantes y poderosos para transmitir ideas políticas, sociales, religiosas, etc., y ello nos permitirá hablar de las relaciones entre el arte y el poder. Pero estas relaciones no siempre han venido desde arriba hacia abajo. Veremos algún ejemplo de cómo los artistas también hicieron propuestas a los poderosos para mejorar la sociedad, como es el caso del monumento a Alfonso XII. Este libro de mitología es el décimo libro sobre Madrid que escribe el autor. Al igual que en libros anteriores, se pretende describir y divulgar la historia, las costumbres y el arte de nuestra ciudad de una forma rigurosa, ágil y amena, para que la lectura sea una experiencia divertida y gratificante.



SI NO CONOCE LA MITOLOGÍA, NO PUEDE PASAR

Los antiguos griegos y romanos se servían de los mitos para configurar su religión, para explicar los fenómenos naturales y como una manera de expresar sus afinidades o sus diferencias culturales con los otros pueblos.

La palabra mito proviene del vocablo griego *mythos*, que significa «relato» o «cuento». Un mito es una narración tradicional que trata de acontecimientos prodigiosos protagonizados por dioses, semidioses, héroes, monstruos o personajes fantásticos. Los mitos son la respuesta de las antiguas civilizaciones a las preguntas fundamentales sobre el origen del mundo, los fenómenos naturales, la existencia humana y el más allá. Según H. J. Rose: «El mito es el resultado de la operación de la imaginación ingenua sobre los hechos de la experiencia».

Hay muchas teorías sobre el origen de los mitos. Se sabe que los griegos adaptaron a su cultura mitos de otras civilizaciones más antiguas (Mesopotamia, Persia...). Es el caso de Rea (Cibeles), que es la actualización de otra diosa de la Madre Tierra venerada en Anatolia durante el Neolítico. Además de Cibeles, otros dioses son la personificación de los poderes de la naturaleza, caso de Zeus, que arroja sus rayos desde el cielo; Poseidón, que maneja los movimientos marinos; o Hades, que gobierna las profundidades de la Tierra. Hay mitos que personifican las virtudes y los vicios, los sentimientos y las pasiones. Hay dioses para el amor (Eros y Afrodita) y para la guerra (Ares). Algunos dioses están basados en personajes reales, reyes y héroes cuyas historias legendarias pasaron al universo mítico.

La mitología griega ha llegado hasta nuestros días gracias a que en aquel tiempo hubo escritores e historiadores que la describieron





con todo detalle (Homero, Hesíodo, Pseudo-Apolodoro, Heródoto, Pausanias...). En la edad dorada de la cultura griega filósofos como Platón y Aristóteles criticaron duramente la mitología como fuente de superstición y falsedad, sin embargo, no lograron convencer a la sociedad,



Desde la época de Alejandro Magno el conocimiento de la mitología se hizo obligatorio para formar parte de la clase dirigente. Si no sabías mitología, no podías relacionarte con la élite.

que siguió creyendo en sus mitos. Fue durante el período helenístico cuando la mitología adquirió un prestigio elitista, y a partir de entonces se hizo obligatorio su conocimiento para pertenecer a la clase dirigente.

En la época del Renacimiento comienza la pasión por las ruinas grecorromanas. Se descubren palacios —como la Domus Aurea de Nerón—, se desentieran templos y estatuas cuya belleza y perfección asombran a todo el mundo. El arte toma como modelo al clasicismo griego y romano, y las escenas mitológicas decoran las fachadas, los salones y los jardines de los palacios.

Las excavaciones de Pompeya y Herculano, iniciadas en 1748 por el rey español Carlos III —por aquel entonces rey de

Nápoles— avivan el interés por lo clásico en todo el mundo. Surge el Neoclasicismo. El influyente historiador alemán Winckelmann, en su *Historia del arte de la Antigüedad*, defiende la imitación de los antiguos como «el único camino para llegar a ser grandes».

Los acontecimientos de la historia grecorromana se utilizan en la Edad Moderna para exaltar virtudes e ideales, simbolizan programas políticos o cortesanos y sirven para ensalzar a reyes, gobernantes, militares y héroes. Para que nos hagamos una idea de la importancia de la mitología, pondremos el ejemplo de Luis XIV y de Felipe IV, dos emperadores que afirmaban ser descendientes del dios Apolo.

A partir del helenismo, aprender mitología era una asignatura necesaria para formar parte de los círculos de poder. Si no sabías mitología no te admitían en ningún lugar asociado a la clase alta. Y esta siguió siendo la norma en los siglos siguientes. En el ilustrado y científico siglo XVIII, los programas artísticos palaciegos estaban llenos de referencias mitológicas, circunstancia que se mantiene durante el período romántico, y continúa en nuestra época, porque, como iremos viendo a lo largo de este libro, en la primera mitad del siglo XX los edificios monumentales, tanto públicos como privados, utilizaban la mitología para decorar sus fachadas e interiores. Si visitamos los grandes museos del arte clásico, como el Prado o el Louvre, y no sabemos nada de mitología, no entenderemos la mitad de las obras expuestas. Tampoco sabremos interpretar muchas de las estatuas que decoran edificios y jardines de nuestra ciudad.

La mitología grecorromana es una de las señas de identidad europeas. Basta viajar por cualquier ciudad importante del continente para comprobarlo. Por todas partes encontramos signos e imágenes que nos hablan de los mitos clásicos. El propio nombre de Europa procede de la mitología. En ella se nos cuenta que Europa era una princesa fenicia a la que raptó Zeus, convertido en un toro blanco. Es importante que los europeos conozcamos los mitos que nos unen, para que así estemos más unidos y no nos dejemos raptar por ningún toro.

Esperamos, lector, que el libro que tiene entre las manos le sirva para comprender mejor el fascinante mundo de la mitología.



¡CON USTEDES, LOS DIOSES DEL OLIMPO!

¿Quiénes son los dioses mitológicos? ¿De dónde vienen? ¿A dónde van? Permítanme que se los presente.

La mitología griega tiene sus orígenes en Creta, en torno al año 3000 antes de Cristo. A su vez, la civilización minoica había conformado sus mitos inspirándose en las civilizaciones del Medio Oriente, sobre todo en Mesopotamia y Anatolia. Así, la diosa sumeria Innana, diosa del erotismo, la belleza y la fertilidad, dará origen a la babilónica Istar, que pasará a ser la Afrodita griega y luego la Venus romana. Tras los primeros mitos griegos —el pelasgo, el homérico y el órfico— el mito olímpico se convirtió en el más aceptado y difundido.

Según el mito olímpico, en un principio sólo existía Gea, la Madre Tierra, que en sueños parió al dios del cielo, Urano. Urano regó la Tierra con una lluvia fertilizante de la que salieron los mares, las montañas y los seres vivos.

Los primeros hijos de la Tierra eran antropomórficos y gigantes. Es el caso de los hecatónquiros, gigantes con cien manos, y de los tres cíclopes, que tenían un solo ojo. Luego llegaron los seis titanes y las seis titánides. Gea, descontenta del modus operandi de Urano, que había enviado al Tártaro a sus hijos primeros —los hecatónquiros y los cíclopes—, convenció a los titanes para que castraran a su padre. Este trabajo lo hizo el hijo menor, Crono (Saturno), que le rebanó los genitales con una hoz. Entonces los titanes liberaron a los cíclopes y colocaron a Crono en el trono.

Los historiadores han encontrado relación entre estos hechos legendarios y la historia real. La lucha entre Gea y Urano se interpreta como la lucha entre el matriarcado y el patriarcado que tuvo lugar cuando los helenos invadieron el norte de Grecia. El mito de la castración está tomado de la mitología sumeria, que explica así la separación entre el cielo y la tierra. Este mito tiene que ver con ciertas



prácticas guerreras en las que se castraba a los enemigos. Hoy se sabe que algunos dioses y héroes tienen relación con personajes históricos que fueron mitificados.

Siguiendo con el mito olímpico, Crono (Saturno) se casó con Rea, que al poco tiempo se quedó embarazada. Entonces el oráculo le advirtió a Crono que tuviera cuidado, porque uno de sus hijos le destronaría, como él había hecho con su padre. Crono optó por comerse a sus hijos a medida que iban naciendo. Es la famosa escena reflejada en el cuadro de Goya Saturno devorando a su hijo. De este modo, se zampó a Hera, Hades, Deméter, Hestia y Poseidón. Por eso, antes de que naciera su último retoño, Zeus, Rea huyó a Creta y allí le dio a luz en secreto.

El niño Zeus creció sano y robusto y, siendo joven, quiso recuperar a sus hermanos, devorados por Crono. Para ello le pidió ayuda a la titánide Metis, amante de Crono, que le dio a este un bebedizo y le hizo vomitar. Así, salieron por su boca los cinco hijos que se había tragado. Entonces, Zeus y sus hermanos, ayudados por los hecatónquiros, iniciaron una guerra contra Crono y los titanes. La guerra, conocida como la Titanomaquia, duró diez años y terminó con la victoria del equipo olímpico —que con ese nombre estaba destinado a ganar, ya que si no se habrían llamado así las Olimpiadas—.

Finalmente, Crono y los titanes fueron arrojados al tártaro, excepto Atlas, que fue condenado a sujetar la bóveda celeste.



Un oráculo le dijo a Crono, dios del tiempo, que uno de sus hijos le destronaría. Crono optó por comerse a sus hijos a medida que iban naciendo. Por eso, antes de que naciera su último retoño, Zeus, Rea huyó a Creta y allí le dio a luz en secreto.

